

# Relatos

## El sonido y la furia

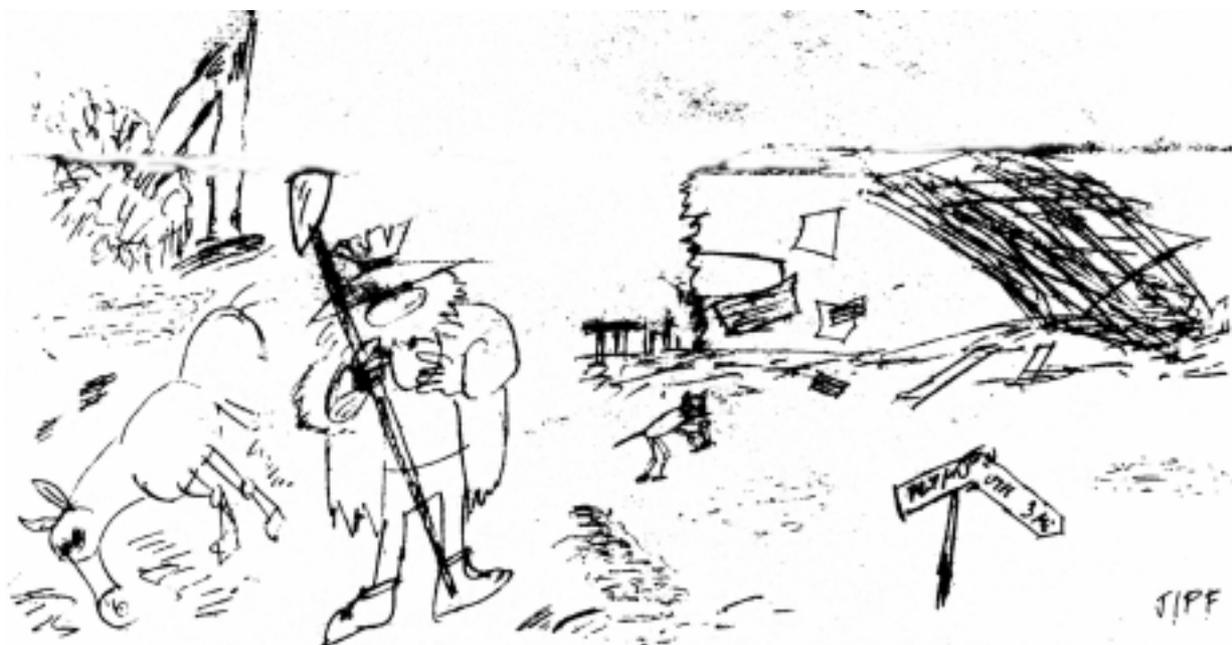
Una entrevista realizada por  
*Jose Ignacio Prieto*

There is a public library at Plymouth.  
(Encyclopedia Britannica, bajo Montserrat)

En 1493 se encontraba Colón con una isla de escasos 10 km de diámetro en su segundo viaje al Nuevo Mundo. Le recordó tal isla el terreno de la Abadía de Montserrat, y así la llamó. Sus primeros colonos fueron ingleses e irlandeses de San Cristóbal y Virginia, que plantaron tabaco e índigo, algodón y azúcar. En el siglo XVII, con la llegada de esclavos africanos, su población alcanzó las 9000 personas. Pese al acoso de franceses e indígenas, y salvo breves períodos, ha permanecido en territorio inglés hasta nuestros días, bajo la responsabilidad de la Reina, delegada en el gobernador. La isla no ha conocido nunca tiempos de esplendor, y sí frecuentes épocas de calamidad. En los últimos años, la erupción de las colinas Soufrière ha asustado a parte de los moradores que se quedaron tras el desastre que dejó el huracán Hugo. Saturados de relatos terroríficos sobre la devastación causada por tornados y huracanes, insistimos en preguntar a Ruth sus impresiones al paso de Hugo, huracán de categoría cuatro, 6000 km de trayectoria tropical y devastadora, 930 milibares a su paso por Montserrat. Hugo pasó por encima de su casa en esa isla la noche del 16 al 17 de septiembre de 1989. Ruth, que no nos permite escribir su apellido en publica-

ciones serias como el boletín de la AME, es suiza, bibliotecaria y amena narradora de sus variadas experiencias en diversos países. Nos cuenta:

Estaba destinada en Montserrat, una isla próxima a Antigua, en territorio británico, por un proyecto de educación a distancia para adultos en la Universidad del Caribe, patrocinado por el gobierno británico. Se trataba de organizar teleconferencias, con los profesores en el campus y los educandos en distintas islas pequeñas, sin infraestructura universitaria. Hugo tenía prevista su llegada hacia las 9 de la noche, según recientes avisos que se escuchaban en la isla con indiferencia. Hugo era el primer huracán serio que barrió la isla desde 1920. De cuando en cuando se recibían avisos de otros ciclones, que evitaban Montserrat con tranquilizadora pertinacia. Muchos no reaccionaron aquella noche y prosiguieron con su actividad habitual o sus verbenas. Cuando lo vi venir encima con furia corrí a casa de mi vecina, ayudante de la biblioteca, y allí me quedé hasta el final, que no me imaginaba que sería tantas horas después. A diferencia de otros vecinos más precavidos, nosotras no habíamos tableteado las ventanas. Vivíamos en un barrio algo más elegante que el promedio isleño, pero muy rudimentario para los baremos europeos. Que estuviera ligeramente en pendiente probablemente nos evitó males mayores. El ruido del viento y de los



torbellinos de agua era atronador, un bramido permanente que no me permitía entenderme con ella salvo con breves palabras gritadas al oído. Su inglés criollo no daba para mucho más y por otra parte no teníamos elaborados pensamientos que comunicarnos. La casa tampoco era un prodigio de solidez. Estaba construida para no dura, con materiales baratos, y las persianas eran de plástico, que se soltaron de los marcos a la primera racha. El tejado, de chapa metálica con bordes agudos, aguantó dos horas, pero acabó arrastrado por el viento. Aquel fue el peor momento, pues nos quedamos bajo el vendaval, sólo mitigado por las paredes, que nos evitaban lo peor del bombardeo de ramas, barro y terrones nada menudos. Entonces nos metimos bajo la mesa, sujetando cada una dos patas para que no se fuera muy lejos, apoyada en la pared de donde venía el viento. Aún así teníamos que cambiar de postura y corregir su posición cada poco, con un susto de muerte por dentro. ¿Y cuándo acaba esto?, piensas. La sensación durante el huracán es la de una mala fiebre sin aspirinas, que uno sólo desea que cese en algún momento mientras nos revolvemos buscando una postura en que no duela. El malestar corporal y la desazón, agravados por la humedad y el frío de los 10 centímetros de agua en que estábamos sentadas, eran lo más inmediato de la experiencia.

De pronto, hacia las dos de la madrugada, el viento amainó y todo quedó tranquilo. Por fin. Habíamos sobrevivido a la prueba, la más difícil de una vida. Pero había algo quimérico en aquella calma, no se escuchaba a los vecinos, no se oían pájaros o ruidos. Ni sabía dónde se habrían refugiado todos los demás habitantes de la zona, con sus chozas hechas pedazos y dispersadas por el contorno. El aire, muy oscuro, estaba cargado. Comprendimos que, como en los libros de aventuras, estaríamos nada menos que en el ojo del huracán. La tregua duró quizá una hora, aunque los relojes en la casa y en mi pulsera habían dejado de funcionar al comenzar el huracán para contribuir a la sensación de irrealidad. Buscamos tablas u objetos pesados con que pertrecharnos. Pero no hay nada pesado para un huracán. Pronto volvería Hugo a la carga con más fuerza. En teoría, por otras tres horas, esta vez sin tejado. Pero, ¿a dónde ir? La mayor parte de las casas vecinas estaban en la misma ruina, de modo que no era cosa de correr de acá para allá buscando refugio más seguro, y rodeadas de ríos de lodo que podían arrastrarte. Nadie construía sótanos en aquella aldea de All Saints. Más que preguntarnos qué hacer, sólo acertábamos a pensar en qué sería lo siguiente en caer. La naturaleza tenía la iniciativa. Hugo volvió a la faena con un bramido súbito, como el tiburón de Spielberg. Otra vez nos metimos bajo la mesa, a aguantar traca, tras intentar darnos algo de aliento con el que nos faltaba. Por momentos rehusaba creer que aquello estuviera ocurriendo, quizá era una película con efectos especiales muy realistas, pero el pánico y el frío

relativo, sumergidas en agua, se imponían a cualquier fantasía.

No sé cómo, porque estaba exhausta, el temporal amainó de mañana. Mi asistente, Olga, había perdido todo su hogar. Repartidos por el ramaje de los árboles identificaba vestidos y cacharros, sillas y variados utensilios, algunos libros. Para mí, trabajadora ocasional en gira para montar una red de bibliotecas, sólo era una bofetada de la naturaleza a la cultura. Yo no tenía raíces en la isla, mi situación no era tan sombría, así que intenté alentar a los lugareños, impresionada por el ánimo práctico de Olga en aquella adversidad. Muchos bebieron del agua que corría en las horas siguientes, sedientos como estaban tras aquel diluvio, y cogieron diarreas puñeteras. Intentaba preparar té para los vecinos, hirviendo bien el agua. Las ayudas de Antigua no llegaron hasta un día después: Voluntarios, mantas y algunas ropas secas. A los extranjeros nos ofrecieron repatriarnos, al estilo inglés. Pero no me fui en seguida, esperé unas semanas. Después de Hugo no había prisa. La isla, que empezaba por aquellos años a disfrutar de los beneficios de la electricidad, volvía al queroseno por muchos meses. Al menos subjetivamente, aquella fue la experiencia más larga de mi vida, casi intemporal.

## Teletempo



**Servicio telefónico permanente de información meteorológica (24 horas al día)**

**GENERAL PARA ESPAÑA**

**807 170 365**

**PROVINCIAL Y AUTONÓMICA**

**807 170 3□ □**

**(Completar con las dos cifras del código provincial)**

**INTERNACIONAL**

**807 170 388**

**MARÍTIMA**

**Baleares ..... 807 170 370**

**Mediterráneo ..... 807 170 371**

**Cantábrico/Galicia**

**(costera) ..... 807 170 372**

**Canarias/Andalucía**

**Occid. (costera) .... 807 170 373**

**Atlántico alta mar 807 170 374**

**DE MONTAÑA**

**Pirineos ..... 807 170 380**

**Picos de Europa .... 807 170 381**

**Sierra de Madrid ... 807 170 382**

**Sistema Ibérico .... 807 170 383**

**Sierra Nevada ..... 807 170 384**

**Sierra de Gredos... 807 170 385**

**Tarifas:** (Coste máx- de la llamada por minuto (IVA incluido): 0,41euros desde teléfono red fija y de 0,76 euros desde teléfono móvil (los primeros 20 segundos tendrán coste fijado por las tarifas soporte del operador de acceso)